

El oportunismo militante

Marcelo Somarriva Q.



Saleem Sinai, el narrador de esa extraordinaria y extravagante novela de Salman Rushdie, *Midnight's Children*, cuenta que en la India de mediados del siglo XX había dos creencias dominantes: lo que a falta de una palabra mejor llamó como el *"businessism"*, algo así como el *"negocismo"* o *"empresarismo"*, que era la *"verdadera fe"* de su familia, y, por otra parte, el comunismo, según él dominado por magos, contorsionistas, malabaristas y prestidigitadores.

En Chile pasa algo similar. Por un lado, tenemos al comunismo, un partido disciplinado, ordenado y dogmático, premunido de una escalofriante voluntad de poder y algunas pocas ideas sobrantes del pasado, que hoy ejerce un control hipnótico sobre el resto de los partidos de la izquierda.

Por otro tenemos algo parecido al *"businessism"* de la novela, aunque tal vez aquí con un carácter menos empresarial, y que viene acompañado por otra gran fuerza política de un extraordinario poder: el gran partido del oportunismo, que a falta de ideologías sería el último *"ismo"*

sobreviviente cuando todos los del pasado han fracasado, naufragado o encallado en las tormentas de la historia.

El oportunismo no tiene convicciones, ideas ni vergüenza y es capaz de mover montañas. Como parece tener una capacidad empresarial más bien limitada, prefiere ponerse a la fila para el reparto con la expectativa de llenar el cupo en alguna de las reparticiones públicas, que son ilimitadas y muy bien remuneradas.

Ahí se necesita de todo, desde un buen maestro de zumba a alguien que ofrezca un coaching ontológico contundente: una mezcla de oportunismo y *"negocismo"* por partes iguales, lo cual se manifiesta en una voluntad de poder que corre con colores propios y es incapaz de pensar de manera colectiva a menos que le convenga para medrar.

Los últimos años han estado llenos de ocasiones para el despliegue acrobático del *"oportunismo"* político: el auge y caída del Frente Amplio, las jornadas de octubre de 2019 y sus diversas *"lecturas"* o *"miradas"*, los dos experimentos cons-

titucionales fallidos. Estos procesos han permitido que muchos se hayan dado una o varias vueltas, entrando y saliendo de un bando a otro, con gran velocidad y desplante.

Creo que la figura del oportunista contemporáneo merece mayor atención. A diferencia del converso que cambia de

opiniones, el oportunista actúa guiado por el despecho o la pica, y en él predomina el orgullo herido que a veces de disfraza de reflexiones o sentimientos más elevados. El oportunista marchó, posteó, militó y firmó cartas públicas y proclamas, que ahora tan solo dejó atrás, sin ni siquiera tomarse la molestia de renegar de ellas.

“El oportunista actúa guiado por el despecho o la pica, y en él predomina el orgullo herido que a veces de disfraza de reflexiones o sentimientos más elevados”.

El oportunista cree que nadie lo ve y que solo él tiene memoria para recordar lo que hacen los demás; es como esa persona que va mirando el teléfono, con los audífonos clavados en los oídos, y cree que está sola y baila sola, como si estuviera en su pieza, pero va en el metro rodeada de gente que la mira con incredulidad. Es una especie de exhibicionismo solipsista.